

JUAN CARLOS PABLO BALLESTEROS
Universidad Católica de Santa Fe

VALOR, RAZON Y SUBJETIVIDAD EN JOSEPH DE FINANCE

La realidad del valor

El término «valor», tal como se lo usa en la axiología contemporánea, no puede ser asimilado sin más a ninguna noción filosófica anterior. Hay quienes han considerado que como no ha sido originalmente formulado por la escuela filosófica de su preferencia, simplemente hay que ignorarlo, temiendo, tal vez, renunciar a algún principio en favor del pensamiento contemporáneo. No es el caso del tomismo, filosofía siempre contemporánea, que ha realizado distintos esfuerzos por compatibilizar su doctrina del ser con los valores sin caer en una concordancia forzada.

En este trabajo desarrollaré la concepción de Joseph de Finance, particularmente en lo que respecta a la apropiación o reconocimiento del valor por parte del sujeto, que constituye una verdadera vía media, razonable y fundada, entre los extremos que al respecto se han planteado.

Cuando se trata de fijar el significado de un término, la primer regla observa De Finance, es consultar el uso¹. Y está claro que en la lengua contemporánea el valor no se identifica con la noción clásica de bien, tal como lo entienden los escolásticos. Él implica una necesaria relación al hombre², sólo «vale» relativamente al hombre:

¹FINANCE, JOSEPH de: *Essai sur l'agir humain*. (Rome: Presses de l'Université Grégorienne, 1962), p. 78. Hay traducción castellana de A. Loma: *Ensayo sobre el obrar humano* (Madrid: Gredos, 1966). Cito por la edición francesa original.

²J. DE FINANCE, *Éthique Générale*. (Rome: Presses de l'Université Grégorienne, 1967), p. 45.

«El agua es indudablemente buena para la hierba y la hierba para la vaca, pero el agua y la hierba solamente tienen valor, en sentido propio, para el propietario de la vaca o del prado»³.

Esto significa que para que haya valor es necesario que sea reconocido y apreciado por el sujeto. Particularmente el valor moral⁴ sólo «vale» para mí mediante una ratificación íntima por la cual reconozco su bondad. Para que se pueda reconocer valor en una cosa. Ésta debe manifestarse sobre un fondo axiológicamente neutro. Más allá de su bondad intrínseca debe ser estimada para que tenga valor para mí. El agua es buena para el organismo, ejemplifica De Finance, pero solamente tiene valor cuando es escasa. Lo mismo ocurre con el aire, escribió en 1962, que sin duda tendrá un gran valor para los futuros exploradores de la luna. Por eso una característica esencial del valor es su solicitud de estima.

«El valor llama apela —sostiene Rosa Andrielli; porque en cuanto captado instaura una exigencia»⁵.

Sin embargo, precisa De Finance, los valores no se reducen a una proyección de nuestros estados afectivos sino que se enraízan en el ser, sin poseer este ser en ellos, sin constituir un mundo superpuesto al mundo real⁶. El mundo de los valores no subsiste en sí⁷:

«Ni simple fenómeno subjetivo, ni pura proyección del deseo, el valor sin embargo no es *una realidad en sí*. Él no existe (excepto en el sentido en que se habla de existencia matemática, pero se trata entonces de un *esse essentiae*). Y sin embargo no es «irreal»; sin pertenecer a la esfera de la existencia, se relaciona con ella, precisamente como un llamado al ser»⁸.

¿Cuál es, entonces, la «realidad» del valor? Para De Finance el término «valor» es analógico. No hay un «género valor» que se distribuiría unívocamente en los diversos valores particulares. Hay valores cualitativamente diversos que si son agrupados pueden ser jerarquizados. Con un sentido algo diferente a lo habitual el autor distingue la *evalua-*

³ J. DE FINANCE, *Essai sur l'agir humain*, p. 78.

⁴ De Finance jerarquiza los valores en cuatro grados principales: los valores infrahumanos, los valores humanos inframorales, el valor moral y el valor religioso. Esto se encuentra principalmente en *Essai sur l'agir humain*, pp. 370 ss, y en *Connaissance de l'être*, pp. 170ss. He analizado esta cuestión en mi libro *Libertad y obligación moral en la filosofía de Joseph de Finance*, (Santa Fe, Argentina: Ed. Universidad Católica de Santa Fe, 1999), p. 145ss.

⁵ R. V. ANDRIELLI, *Bases axiológicas para la educación personalizada, según el pensamiento de Tomás de Aquino*. (Buenos Aires: EDUCA, 1988), p. 75.

⁶ J. DE FINANCE, *Essai sur l'agir humain*, p. 85.

⁷ J. DE FINANCE, «Liberté et Fidélité»: *Gregorianum*, 43 (1962) 21.

⁸ J. DE FINANCE, *De l'un et de l'autre. Essai sur l'alterité*. (Roma: Editrice Università Gregoriana, 1993), p. 273. Este libro es reedición de la misma obra con el título *L'affrontement de l'autre*. (Ibí: Id., 1973). Cito por la edición italiana de 1993.

ción y la *valorización*. Evaluar, en su concepción, es el acto por el cual el sujeto hace suyo un valor y lo sitúa en relación a otros valores, estableciendo así un orden de preferencias. La evaluación es por consiguiente esencialmente subjetiva⁹. Valorizar, en cambio, significa constituir un valor,

«poner un posible como frente al ser»¹².

Esta valorización es objetiva de pleno derecho, en el sentido de que, a diferencia de la evaluación, no implica una preferencia del sujeto. Sin duda el valor se manifiesta siempre ante un acto libre. Pero la libertad no es creadora de valores. Por el contrario, es la libertad la que es regulada por el valor, sin el cual se desvanecería en una pura indeterminación. Pero el valor que la regula no puede ser de orden simplemente ideal, como una ley impersonal. La consistencia del mundo de los valores supone un Subsistente. El valor es una dimensión del ser y por eso se enraíza en lo Absoluto.

La esencial referencia del valor al sujeto espiritual

Se debe reconocer que algunos valores no tendrían ningún sentido sin el sujeto. Tal es, por ejemplo, el valor de lo agradable, que incluye al sujeto en su definición misma, ya que no tiene sentido sino con relación a alguien capaz de sentir placer. Es este, por consiguiente, un valor puramente subjetivo. Pero es un valor subjetivo, observa De Finance, fundado objetivamente en aquello que proporciona placer. Tal es lo que ocurre, ejemplifica, cuando una bebida fresca o un fruto bien jugoso

«da placer en una tarde calurosa»¹¹.

El juicio de valor no se reduce a un juicio de simple constatación o descripción. Que un auto tenga capacidad para varias personas no es valorado de la misma forma por un corredor de autos que por un padre de familia. Las tendencias o preferencias de los sujetos concretos no se identifican en modo alguno. El valor, entonces, siempre de algún modo aparece como esencialmente relativo al sujeto evaluante, ya que lo que es bueno para uno no lo es forzosamente para otro, más allá de la intrínseca bondad del objeto considerado¹². Lo que es bueno para mí no lo

⁹ *Ibid.*, p. 270.

¹² *Ibid.*.

¹¹ *Idem.*, p. 271.

¹² Cfr. J. DE FINANCE: «El valor moral». Traducción de Gustavo Eloy Ponferrada: *Sapientia* 77 (1965) 170.

es necesariamente para ti; el bien del lobo es el mal del cordero. La fórmula *bonum est quod omnia appetunt*, observa De Finance, así como no significa inmediatamente la existencia de un Bien separado, objeto de deseo universal, tampoco significa que todo lo que es bueno lo sea con respecto a todo ¹³.

Un juicio de valor expresa una cierta situación objetiva y una aprobación por parte del sujeto. Decir que un auto es excelente no es simplemente afirmar que tiene determinadas características sino también que esas características me parecen algo deseable. Sin embargo, este deseo, como simple tendencia, no obstante ser interior al sujeto, permanece exterior todavía a lo que constituye el lugar propio de su subjetividad, que es la razón, raíz de la libertad y condición de posibilidad del yo¹⁴. Cuando los valores utilitarios o eudemónicos se cargan de racionalidad se produce una suerte de salto a otra categoría axiológica, por la cual mi satisfacción subjetiva accede a la objetividad. Para el autor los únicos valores verdaderamente objetivos son los valores racionales. Tal el caso del valor moral, que se presenta como un valor enteramente objetivo. Escribe De Finance:

«En su pura formalidad, “el valor moral” nada debe al hecho de que representa el cumplimiento de una naturaleza, la satisfacción de una tendencia: es, por el contrario, lo que da valor a esta naturaleza, a esta tendencia»¹⁵.

Esto no impide que dicho valor, por independiente que sea del deseo, solamente puede encarnarse en el hombre a partir del deseo. Además, objetivo como es, es también eminentemente subjetivo puesto que concierne mucho más íntimamente al centro de la interioridad espiritual del sujeto, quien lo hace suyo por un acto plenamente libre y racional. Y a su vez es menos subjetivo si con ello se quiere decir que no está centrado en el interés del sujeto sino sobre lo universal al que le relaciona:

«Se ve aquí —observa De Finance— cómo estas nociones de subjetivo y objetivo pueden ser ambiguas y qué precauciones se imponen cuando se las usa»¹⁶.

¹³ J. DE FINANCE, *Connaissance de l'être. Traité d'Ontologie*. (Paris: Desclée de Brouwer, 1966), p. 168. Hay edición castellana de Salvador Caballero Sánchez: *Conocimiento del ser. Tratado de Ontología*. (Madrid: Gredos, 1971).

¹⁴ J. DE FINANCE *Personne et valeur* (Roma: Editrice Pontificia Università Gregoriana, 1992), p. 128. Este libro es recopilación de artículos anteriores. El texto que cito fue publicado originalmente con el título «La valeur morale et la raison» en *Omaggio a Vincenzo La Via*, (Catania: Università di Catania, 1969).

¹⁵ J. DE FINANCE, *El valor moral*, p. 180.

¹⁶ J. DE FINANCE, «En las fuentes de la Metafísica y de la moral»: *Revista de Filosofía* México 10 (1977) 413-414. El texto original en francés se publicó posteriormente: «Aux sources de la métaphysique et de la morale». *Doctor Communis* 31 (1978).

Hay aquí una aparente paradoja: el valor moral es objetivo, porque vale por sí, no solamente en relación con mis intereses subjetivos, y sin embargo, me toca en lo más profundo de mi subjetividad. Y esto se explica porque la objetividad del valor conduce al Absoluto de interioridad, a la Subjetividad absoluta de la cual participa la nuestra¹⁷.

Debe señalarse otra cuestión en la necesaria relación del valor con el sujeto. Hay valores que son estrictamente personales a los cuales los demás están cerrados, como por ejemplo un recuerdo de la infancia.¹⁸ El carácter existencial, histórica y temporalmente situado de la persona humana condiciona su relación con el valor. Un mejor conocimiento de la historia, de la etnología y de la psicología, observa el P. de Finance, tendría que hacernos un poco más reservados en nuestros juicios sobre algunas conductas. Ciertos errores de juicio moral, que nos parecen enormes, no suponen necesariamente en su autor una perversión. Los patriarcas bíblicos nos ofrecen remarcables ejemplos de un sentido religioso admirable coexistente con una conducta que nuestra moral reprobaría hoy severamente¹⁹. Esto no supone un relativismo, explica el autor, porque esto supondría en estos hombres un juicio moral: simplemente la luz de la razón moral no había ejercido aún su acción en una conducta por entonces corriente. En lugar de hablar de relativismo (lo que se opondría a la objetividad de los valores objetivos) es preciso señalar la existencia de un *kairos* de los valores: no solamente hay valores que el progreso moral supera (la ley del talión en su momento fue un progreso moral, ya que limitaba la venganza indiscriminada), sino que hasta hay valores propios de cada edad: valores que encantaron nuestra juventud con frecuencia ya no tienen el mismo significado en la edad madura; los viejos, por su parte, perciben valores que no existen para los jóvenes. También un exclusivo apego al valor moral o al valor religioso puede tornar al sujeto insensible a valores estéticos o intelectuales. Tal como lo entiende el autor, el valor religioso, el superior de todos, supone la cordnación de todo un orden axiológico y no su negación. Adhiero a esta concepción.

La norma de la moralidad según De Finance, es la recta razón práctica, pero no como una facultad que pertenece a la estructura psíquica, sino en su dictamen que es un juicio valorativo, ético por su contenido²⁰. Por eso el valor moral es conformidad a la razón, pero a una razón «abierta» hacia el ser bajo el aspecto de valor. Esto no implica para el

¹⁷ J. DE FINANCE, «Mi filosofía». *Revista de Filosofía*, cit. 11 (1978) 22. Este artículo fue originalmente una carta del P. de Finance al Director de la Revista, quien la publicó con ese título.

¹⁸ J. DE FINANCE, *Personne et valeur*, p. 239. Este texto fue publicado originalmente en castellano con el título «La sordera para los valores», traducido por Gustavo D. Corbi, en *Ethos* 8 (1980). Cito por *Personne et valeur*.

¹⁹ *Idem*, p. 223.

²⁰ Cfr. J. C. P. BALLESTEROS, *Libertad y obligación moral en la filosofía de Joseph de Finance*, p. 144.

autor ningún subjetivismo moral, pues la voluntad no puede querer cualquier cosa y al mismo tiempo permanecer «recta» y «abierta». El hombre ejerce su apertura fundamentalmente a través de sus potencias racionales. Lo propio de la inteligencia es su apertura al ser en general y la de la voluntad al bien. Y lo que la cierra a ésta no son las pasiones ni los placeres, sino el aceptarlos como valores supremos²¹. Pero por otro lado, de un absoluto propuesto simplemente como objeto supremo de la contemplación no se puede concluir nada axiológicamente válido. Como afirma Désjardins en su estudio sobre la ética del P. de Finance,

«Dios no puede movilizar verdaderamente mi libertad e imponerse a ella desde el interior sino por la mediación de un juicio de valor»²².

Y si bien hay imperativos morales insoslayables, en el orden de las cosas humanas, como son los juicios de valor, la contingencia propia de los mismos impide una objetividad universal y necesaria, tal como lo indicó Aristóteles al principio de la *Ética Nicomaquea*²³.

El reconocimiento de los valores

El reconocimiento de los valores es progresivo en el hombre. Y no se produce del mismo modo en todos los hombres. Del mismo modo que la madurez psicológica puede estar en alguno adelantada o atrasada con respecto a la madurez fisiológica, del mismo modo ocurre con la madurez intelectual o moral, que puede estar adelantada o atrasada con respecto a la sensibilidad, la afectividad y el interés²⁴. Esto es importante porque el reconocimiento del valor no es una exclusiva percepción intelectual ni una mera cuestión afectiva. El reconocimiento del valor no es previo al conocimiento de la plena racionalidad: ambos actos son simultáneos, de modo tal que hay identidad entre la percepción del valor y el descubrimiento progresivo de lo que hay de más razonable en la razón. Pero además el reconocimiento del valor supone en el sujeto una inclinación, un apetito. Este reconocimiento supone, pues, una tendencia, pero esta es una tendencia anterior a todo conocimiento reflexivo. Pues el objeto no se presenta como bueno y deseable sino en virtud de una

²¹Cfr. ID., «La alteridad en la filosofía de Joseph de Finance». *Sapientia* 56 (1999).

²²C. DESJARDINS, «La contribution du Père Joseph de Finance à la philosophie morale»: *Sciences ecclésiastiques*, (1966) 68.

²³Aristóteles: *Ética a Nicómaco*, I, 3, 1094b: «Nos contentaremos con dilucidar esto en la medida en que lo permite su materia; porque no se ha de buscar el rigor por igual en todos los razonamientos... (...) Por consiguiente, hablando de cosas de esta índole, y con tales puntos de partida, hemos de darnos por contentos con mostrar la verdad de un modo tosco y esquemático; hablando sólo de lo que ocurre por lo general y partiendo de tales datos, basta con llegar a conclusiones sencillas».

²⁴*Idem*, p. 229.

cierta «conveniencia» de su naturaleza con la del sujeto. Aquí lo sensible y lo afectivo reacciona ante la realidad particular, pero en la medida en que el reconocimiento del valor se va precisando, gradualmente se va desprendiendo de la tendencia espontánea y va ganando racionalidad. Pero esto no conduce a una percepción fríamente intelectual del valor, pues a su conocimiento intelectual lo acompaña una penetración espiritual hecha por una afectividad iluminada de inteligencia,

«por una inteligencia atenta al mensaje del corazón»²⁵.

Porque el valor, en todos los casos, no se revela plenamente a nosotros sino en el acto en que éste es efectivamente amado o estimado. Al respecto De Finance observa que una interesante precisión de Tomás de Aquino puede ser útil. En la cuestión sexta del *De Malo*²⁶ se sostiene que el objeto, para mover a la voluntad, debe presentarse al sujeto no sólo como *bonum*, sino también como *conveniens*, porque si así no sucede la voluntad permanecerá inerte. Y agrega De Finance:

«Más aún: no basta, para ponerla en acción, que el objeto sea captado como *conveniens in universali*: el obrar se desarrolla siempre en el orden de la existencia y sólo lo singular existe: es necesario que el objeto aparezca *hic et nunc* deseable, conveniente para el sujeto tal como existe *hic et nunc*. Santo Tomás tiene aquí en vista la moción del querer que coincide con el acto mismo de la elección. La 'conveniencia' de la que se trata es una conveniencia 'práctica', distinta de la que comporta el bien en general. Es una conveniencia con el sujeto en cuanto *causa sui*, es decir, causa de su determinación»²⁷.

El reconocimiento del valor supone, de igual modo, que éste se presente como conveniente, como «valiendo» para el sujeto práctico, como «suyo»²⁸.

En su *Ensayo sobre el obrar humano* el autor sostiene, apoyándose en Santo Tomás, que el valor puede ser reconocido por una vía estrictamente racional o por vía de connaturalidad. En el primer caso el objeto es conocido como bueno a partir del conocimiento de su perfectividad existencial. Pero esta perfección objetiva debe ser conveniente al sujeto como tal, subjetivamente considerado. En el segundo caso la conveniencia del objeto se manifiesta a través de las reacciones concretas del apetito²⁹. En cualesquiera de los dos casos el reconocimiento del valor supone una inclinación, pero esta inclinación subjetiva cae ella misma, de

²⁵ J. de Finance, *Éthique Générale*, p. 50.

²⁶ Esta cuestión, como se sabe, es la exposición más completa de Tomás de Aquino sobre la libertad y no guarda ninguna relación con el resto de la obra, por lo que se trata seguramente de una interpolación hecha por algún editor o amanuense.

²⁷ J. DE FINANCE, *Personne et valeur*, p. 244. Sigo aquí la traducción de Gustavo D. Corbi, mencionada en la nota 18.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ J. DE FINANCE, *Essai sur l'agir humain*, pp. 92 y ss.

algún modo, bajo la conciencia intelectual en razón de la unidad del sujeto. De cualquier modo que se lo conciba este reconocimiento del valor ocurre como se ha dicho cuando el sujeto forma por sí mismo su juicio de valor. Pero corrientemente las cosas no son así, observa el autor:

«Lo más a menudo el valor se nos da desde fuera; creemos que una cosa es buena, es buena *para nosotros*, porque se nos dice; y la creencia en la opinión reinante se mezcla en general de una manera inseparable con nuestra propia experiencia personal»³⁰.

Pero entiende que esto no modifica sus conclusiones, porque por más que se me diga que algo es bueno y deseable, el juicio de valor que formulo sobre eso mismo supone la experiencia de mi propio deseo.

El acento que pone el P. de Finance en la actividad del sujeto, sin cuya participación no habría valores, muestra la íntima relación que existe entre éstos y la libertad. De suyo, el valor moral solamente tiene sentido por la libertad, pues cuando se la entiende en su sentido más profundo como autodeterminación del sujeto espiritual, la plenitud de la libertad coincide con la perfección del valor. Es manifiesto que el valor moral exige una aceptación libre,

«porque dice conformidad a la razón, no puede ser realizado sino racionamente, es decir, libremente»³¹.

Ahora bien, el valor moral no se deduce de una razón considerada abstractamente a partir de su uso teórico, sino que se alcanza indagando las razones últimas que justifican el orden práctico, de modo que se lo puede caracterizar como conformidad con el Ideal del espíritu en su actividad práctica, o ideal de la razón práctica, al que alcanzamos como el término al cual remite la actividad que juzga valores «idealmente bien», o recta razón. Este Ideal es conocido a través de la razón como su perfección propia³². Pero por objetivo que sea el valor moral (y el valor religioso, que lo supera), el Ideal del cual participa solamente «vale» para nosotros mediante nuestra aprobación. Todas las razones que se pueden aportar para amar al Ideal, escribe De Finance,

«no valen efectivamente para mí sino en la medida en que yo las valorizo»³³.

³⁰ *Ibid.*, p. 104.

³¹ J. DE FINANCE, *Personne et valeur*, p. 133.

³² El P. de Finance explica en su *Éthique Générale*, p. 189, que el Ideal de la razón práctica tiene en su concepción ética un lugar similar al que ocupa la felicidad en Aristóteles, en la que el Estagirita ve algo más excelente que la virtud, digna no solamente de alabanza sino de honores, como los dioses.

³³ J. de FINANCE, «Les plans de la liberté». *Sciences Ecclesiastiques*, 13 (1961), p. 303

Los valores, en consecuencia, son reconocidos por el sujeto todo, no solamente por su inteligencia. Frente a los valores, entendidos en su uso contemporáneo, el sujeto compromete todo su ser frente al Ser, que cuando es amado se transforma en nuestro Valor absoluto.

El encuentro de la subjetividad y lo Absoluto

Para De Finance el valor moral y todo el orden moral se refiere, a través del juicio de la recta razón, a lo que denomina *Ideal de la razón práctica*. Cabe ahora determinar si dicho Ideal se fundamenta en Dios y de qué modo. El autor ha dicho en varios lugares de sus obras que el filósofo nunca parte de Dios, de modo que no se puede deducir el valor moral (ni el religioso, en tanto valor) de lo que se pueda especular acerca de Él. De la especulación sólo se puede sacar especulación, y aquí, en el ámbito del valor y de la moral, estamos en el campo de lo práctico. El valor moral, en consecuencia, no presupone la existencia de Dios, pero se llega a ella a través de un razonamiento práctico que se esfuerce en llegar al último *para qué*. Y esto es posible por la esencial apertura del sujeto espiritual a toda la realidad. Y la apertura que es esencial al espíritu, medida de su apertura existencial, es la apertura al Ser, a la Verdad, al Valor, que manifiestan su presencia a través del juicio recto³⁴.

Para De Finance el conocimiento del valor no se sobreañade al del ser, lo integra. El valor moral es reconocido como conformidad a una razón que se descubre ella misma como razón plenamente razonable en su apertura al valor. Porque precisamente es de su apertura a la totalidad del ser que el hombre recibe su libertad espiritual, y es en la medida en que ella se abre y se refiere a esa totalidad como a su propio Ideal que la razón práctica es recta y puede entonces constituir formalmente el orden de los valores morales³⁵. Sin embargo, observa Desjardins, es necesario evitar concebir a este Ideal como si fuera algún objeto que la razón conocería por alguna intuición previa a su juicio y con el cual ella compararía los actos morales para evaluarlos: el Ideal de la razón práctica está dinámicamente implicado en el ejercicio de esta razón como lo está el término en la tendencia³⁶. Y de este modo, dado el carácter eminentemente personal que tiene la experiencia moral, el recto desarrollo de la razón práctica nos lleva a descubrir a Dios, el Valor personal subsistente,

³⁴ Cfr. J. C. P. BALLESTEROS, «La alteridad en la filosofía de Joseph de Finance», p. 414.

³⁵ Cfr. C. DESJARDINS, *Dieu et l'obligation morale*. (Bruges: Desclée de Brouwer. Bruges, 1963), p. 178.

³⁶ *Ibid.* Desjardins encuentra esta noción del P. de Finance en las obras de este *Être et agir dans la philosophie de Saint Thomas, La motion du bien y en l'Éthique Générale*.

«bajo el anonimato de este Ideal absoluto de la razón práctica, donde él se oculta provisoriamente»³⁷.

Joseph de Finance sostiene que en la actividad práctica hay dos direcciones fundamentales que remiten a dos horizontes del valor. Una es la del deseo, cuyo horizonte es la felicidad o beatitud. Esta es la dirección que podríamos llamar natural o eudemónica y que reviste en todo sujeto espiritual la tendencia natural a perseverar en el ser y a realizarse. La otra es la del amor, en la cual el sujeto se «descentra» con relación a sí mismo, ya que su centro está «en otra parte». ³⁸. Esta dirección supone una actitud soberanamente libre en el sujeto, que goza en la adhesión con lo amado y con su perfección. Y es en esta dirección donde la relación del valor moral al amor aparece claramente, sostiene, en la forma concreta bajo la que el Ideal práctico se presenta a nosotros como un fin a realizar. De este modo la Moral (con su contenido axiológico) y la Metafísica se encuentran en la cumbre de la actividad del sujeto espiritual, porque la intención moral tiene un alcance literalmente metafísico. Y como la moral es el espacio propio de la libertad, la toma de posición frente al Ideal de la razón práctica es por excelencia el acto donde el hombre expresa su más secreta interioridad ³⁹. Y por esa misma libertad el hombre, que no puede no querer ser feliz, puede dar la espalda a ese Ideal.

El orden moral tiene autonomía con relación al orden del ser, pero los dos órdenes coinciden en su cumbre, porque el Ideal del Valor es también la cumbre supra-categorial del ser. El orden axiológico tiene su fisonomía particular. Sólo reproduce los lineamientos del orden del ser por mediación de la razón. Y la razón, en su fidelidad a sí misma, se reconoce dependiente axiológicamente del Ideal, porque es a causa de él que ella debe ser fiel a sí.

«En otras palabras, no es mi razón la que dicta sus leyes al Ideal, es el Ideal el que dicta sus leyes a mi razón»⁴⁰.

Como se ha dicho, el reconocimiento de los valores contiene un aspecto intelectual y un aspecto afectivo. Por eso puede ocurrir que algunos valores en particular, aun cuando son conocidos por la inteligencia, no mueven al sujeto, porque éste no siente en el fondo de su ser una invitación a imitarlo. Es lo que el autor denomina la

«sordera ante los valores».

³⁷ *Ibid*, p. 179.

³⁸ J. DE FINANCE, «En las fuentes de la Metafísica y de la Moral», pp. 410 y ss.

³⁹ J. DE FINANCE, «Les plans de la liberté», p. 301.

⁴⁰ J. DE FINANCE, «Les plans de la liberté», p. 301.

El llamado y la sordera son particularmente característicos cuando se trata del valor moral. Los valores son superiores unos a otros por sí mismos, de modo que en cualquier circunstancia el valor religioso será superior al valor estético. Pero para un sujeto en particular, dada su realidad existencial, puede ser más perfecto hacer lo que objetivamente es menos perfecto. Y esto es así porque los hombres, en el desfile de la vida, pueden ir con distinto paso porque escuchan una música diferente. No en todos resuena el mismo llamado con la misma intensidad. Y el Ideal es algo que está al alcance de nuestra realización personal, es *nuestro* Ideal. Otros llamados, otros ideales, se transformarían en una quimera si tuvieran un valor que no está al alcance de nuestra naturaleza personal.

